

Furia de lecheros sobre ira de ciclones

Por Rogelio Serrano Pérez
Fotos: Leandro Pérez Pérez

Adriel Gómez Duquesne no le dio tiempo asegurar la casa. Lo absorbió la movilización para garantizar el suministro de leche de vaca. Él, ayudante del chofer del carro de la ruta número 10 del camión del Combinado Lácteo de Camagüey, vivió el coraje compartido de todos sus compañeros: "Esto fue al pega'o. A mi esposa la ayudaron los vecinos, y los animales los guardamos en la casa de mi abuelo. Fue una semana sin descanso".

Algo similar le ocurrió a Lázaro José Wong Loperó, jefe de tráfico de la planta, pues él, como todo el consejo de dirección, recorrió en

camiones los puntos de venta, explicando la decisión de adelantar las entregas de leche y de yogur de soya.

De tales empeños dio fe Aida Navarro Álvarez, quien hace tres años atiende el punto No. 1 de la ruta 11 en su casa del reparto Jayamá. "Son más de 400 núcleos, pero les aviso rápido que trajeron la leche. Tengo muchos teléfonos de vecinos, y ante contingencias como el ciclón uno le anuncia al otro y así".

Y si las madrugadas de Aida conmueven, más lo hacen las de Lázaro Herrera García, mensajero a sus 77 años. "Vivo cerca y vigilo al carro para ser de los primeros. Desde el domingo que empezó la distribución no hemos parado".



Gracias al "chupa-chupa" el acopio es cuestión de minutos.

Para poder doblar la entrega en el municipio cabecera se destinó leche de otros fines, como la elaboración de queso, según explicó Ramón Guerra Robaina, director del Combinado Lácteo de la Empresa de Productos Lácteos de Camagüey (EMPLAC). "Recibimos materia prima de Jimaguayú y Florida, porque el acopio nuestro está en el orden de los 40 000 litros, y solo el pasado domingo distribuimos unos 106 000".

El campesino Omar Rodríguez Rodríguez, dueño de la finca La Insignia, de la Cooperativa de Créditos y Servicios (CCS) 21 de Septiembre, tampoco descansó. "No paramos de ordeñar, aunque aquí nada más llueve un poco el fango

da al tobillo. Estábamos acobardados porque el río Tílima está cerca de la casa, pero no íbamos a abandonar a los animales. Unas reses las tranquilé en la nave, que está un poco más alta, y las otras las pasé a las tierras de mi hijo, en una loma. En la casa ayudaron los nietos, que tienen 9 y 12 años, son chiquitos, pero valientes; cargaron sacos y arreglaron techos como si fueran mayores".

De la propia CCS es José Manuel García Alonso, un campesino que acarrea la leche a ocho colegios suyos. Según contó, con el ciclón fue igual que todos los días. Contra lluvia y fango, en los días de cumpleaños, contra el sol y el cansancio él se levanta a diario a

las 5:00 a.m. y no deja de recoger nunca.

Llevaba horas sentado en su carretón cuando se acercó un camión que no era el usual. "Hoy venimos nosotros porque el carro de esta ruta se rompió", le aclaró Alexander Quiñones Ramírez, chofer de la ruta de Las Clavellinas, que cubría la zona de Río Seco.

El reajuste le ahorró a José Manuel cargar varias cantinas, porque el camión de Alexander tiene un sistema de vacío llamado por todos en el Lácteo "chupa-chupa". "Es un invento criollo a partir de las nociones que teníamos los de más experiencia de los sistemas que traían en sus inicios los camiones-pipa de la Cuenca Lechera. Una manguera de succión rápida nos agiliza el trabajo y lo humaniza. Eso sí, trabajamos todos los días. El horario de las rutas es de 24 jornadas para descansar seis, pero debido a la cantidad de roturas carecemos del apoyo de los compañeros que nos cubren los francos".

Con varios caminos como cráteres lunares y por encima de las carencias, la furia de los lecheros demostró ser un vendaval superior a Matthew. Para comprobarlo no hace falta que el huracán se nos hubiera ensañado, basta ver el tesón de gente altruista como esta que colabora con los desayunos de miles de camagüeyanos.



Los trabajadores de los puntos de venta de leche también redoblaron esfuerzos.

En alerta sin alarmas

Por Orlando Seguí Aguilar. Fotos: Leandro Pérez Pérez

Mientras usted se disponía a resolver los problemas de abastecimiento antes de la posible llegada del huracán Matthew, un gran número de personas anónimas se encargaba de ayudar para que sus necesidades fueran menos. Historias detrás de la realidad que muchas veces, inmersos en nuestros quehaceres, no podemos ver, llegan hoy luego de varias jornadas de intenso trabajo.

POR ENCIMA DEL CICLÓN

"Ahora es que nosotros venimos a relajarnos, porque durante esos cuatro días no paramos ni una hora", cuenta Lorenzo Meléndez del Pino, administrador de la panadería La Chiquita, ubicada en la calle Horca, en Camagüey.

Sacos en el suelo improvisados como camas ayudaron a los panaderos durante las largas noches que allí permanecieron. Tenían la enorme responsabilidad de abastecer a la población y a dos centros de evacuados.

"Yo mismo no me despegué de aquí ni un segundo. Estuvimos fajados todo el tiempo con la harina y el horno. Dejé la llave de mi casa a un vecino para que me auxiliara en cualquier problema, y vine a tiempo completo para acá. Había una tarea que cumplir y no podíamos fallar", aseguró Raidel Acosta Infante, uno de los operarios galleteros que aportó en la elaboración de las más de 2 000 galletas por encima del plan mensual.

Así conocimos a Yasmani Ramos Dávila, titular de la panadería La Espiga de Oro, ubicada en la calle Independencia, entre General Gómez e Ignacio Agramonte. Este cuentapropista, de dos años de experiencia en la actividad, aunque se preparó de antemano para el evento, reconoce que fue difícil.

"Yo tengo un contrato con la Empresa de Comercio que me facilita la harina y los demás productos. Traté de adelantarme y pedir un aumento de las materias primas para no detenerme durante esos días, porque sabíamos que la demanda iba a ser muy alta".

Mudados las 24 horas en los locales de elaboración, sin tener la capacidad para una producción mayor, aseguraron en primer lugar la venta a la población, aunque trataron de cumplir además con los vendedores ambulantes.

"Intenté dirigir la venta en pequeñas cantidades, porque uno de los problemas fue el acaparamiento, no podía restringir la cantidad, pero tampoco dejar que me vaciaran los estantes. Saqué la mercancía poco a poco. Fue la primera vez que choqué con una situación de este tipo y fue dura; ahora estoy mejor preparado para cualquier otra contingencia", afirmó Ramos Dávila, quien agregó que tenía que velar por muchas cosas: la calidad, las ventas, además de las condiciones en los hogares de sus trabajadores.

BODEGUERITOS

En la bodega Artes y Oficios, situada en la esquina de Padre Felipe y Dolores Betancourt,



dos niños aún corrían por el local, en el que su madre es la administradora. Yaima Artilles Cruz no pudo dejar a sus hijos con nadie en casa y la decisión no la dudó: "Los traje para acá desde el primer momento que suspendieron la escuela por el ciclón y permanecieron conmigo aquí desde las 7:30 a.m. hasta las 10:00 p.m., cuando terminaba de trabajar".

A pesar de lo complicado de la situación, nada se detuvo y todo se cumplió. La mirada protectora de la madre mientras atendía a los clientes no se separaba de Ernesto Alejandro y Gabriela Yaima Tena Artilles, quienes dicen sentirse bien en el lugar.

"Aquí ayudo a mi mamá mientras despacha el pan y a la hora de barrer toda la tienda", comenta Ernesto, de once años, mientras que la pequeña de ocho dice que se portan bien para que no los regañen y puedan venir más a menudo.

Cumplir con las responsabilidades y las medidas de seguridad en situaciones de ciclón, cuidar de la familia y atender a la población hasta altas horas de la noche no es nada fácil. Cuántas historias como estas rondaron a Matthew. Cuántas personas más tuvieron que emplearse a fondo para que usted, al llegar a casa, se sintiera seguro; pero no son de otro planeta ni de otro país, son sus vecinos, amigos, gente de pueblo, cubanos.



La venta de galletas, aunque no fue suficiente, se mantuvo muy por encima de los niveles habituales de producción de la unidad.